6. LA VOCACIÓN A LA VIDA RELIGIOSA

¿Qué es un religioso?
Decíamos al hablar de la vocación laical que el fundamento de toda vocación en la Iglesia son los sacramentos de la iniciación cristiana. Consecuentemente lo es también en el caso de la vida religiosa.

Sin embargo, esto no sería suficiente a la hora de determinar exactamente dónde está el origen de la vida religiosa. Existe otro elemento esencial de carácter eminentemente eclesial: se trata del seguimiento radical de Cristo expresado en la profesión de los consejos evangélicos por medio de la emisión de los votos. El triple voto – castidad, pobreza y obediencia – manifiesta el corazón de la vida religiosa. Algunas instituciones poseen, además, algún voto más (v.gr. Los Jesuitas el de obediencia al Papa, los Benedictinos el de hospitalidad).

En cualquier caso, es común a todas la vivencia de la vocación como seguimiento radical de Cristo, incluso desde la imitación de la misma forma de vida que Cristo adoptó en la tierra: obediencia absoluta a la voluntad de Dios, el amor total en donación desde la vivencia perfecta de la castidad, la pobreza de quien no tiene ni un lugar donde reclinar la cabeza.

¿Cuál sería la misión del Religioso?
En la Iglesia han nacido, por inspiración del Espíritu, una maravillosa variedad de instituciones religiosas, con sus dones y carismas propios, que han contribuido desde antiguo a la edificación del Cuerpo de Cristo. La gran variedad de institutos nos puede conducir a la errada conclusión de que la vida religiosa tiene más diferencias que puntos en común. Pero no es cierto: la función que es propia de la vida religiosa es igual para todos los que han sido llamados a ella. Todos, independientemente del carisma o de los trabajos que desempeñen, se han de caracterizar por ser testigos ante el mundo de los valores absolutos de Dios, como anticipación de lo que será la vida en el Reino futuro. Por eso te proponemos una definición de lo que es un religioso:

> Religioso es aquel que, desde la vivencia radical de los consejos evangélicos, manifestada por la profesión de los tres votos, quiere ser testimonio ante el mundo de los valores absolutos de Dios y anticipación escatológica de la vida futura.

Los religiosos, pues, están llamados a ejercer su misión dentro de la Iglesia, siendo testimonios vivos de unos valores que superan los que el mundo está acostumbrado a proponer. Frente al “valor” del dinero o de la posición económica, el religioso vive desde la radicalidad de las bienaventuranzas el ser pobre por el Reino de los cielos. Frente al goce inmediato de las cosas, el disfrute, los placeres pasajeros…, el religioso se consagra en plenitud de amor al servicio de Dios y de los hombres desde la castidad.

Es evidente que la vocación religiosa está en la misma esencia de la vida de la Iglesia, pues es una constante referencia para todo el Pueblo de Dios que debe estar

atento a esos valores evangélicos que representa la vida religiosa para no desviar el verdadero camino del seguimiento del maestro.

Por eso, la misión del religioso es esencialmente testimonial. Un testimonio que puede darse de muchas maneras, según los carismas que el Espíritu suscite para el bien de la Iglesia Universal.

¿Cómo vive y qué hace un religioso?
Aunque el origen de la vida religiosa es específicamente contemplativo (desde los Padres del desierto, primeras comunidades alrededor de los maestros, pasando por la vida cenobítica o eremítica hasta los modelos actuales de vida contemplativa) a lo largo de la historia de la Iglesia, han existido muchos hombres y mujeres que han querido abrazar la vida religiosa pero ofreciendo, a la par, una solución a los problemas que ellos encontraban en la sociedad de su tiempo. Soluciones de urgencia para tiempos de crisis. Son los fundadores. Ellos, animados por la fuerza del Espíritu, se sintieron empujados a trabajar para responder a las necesidades de sus contemporáneos. Por eso, la vida religiosa fue derivando hacia un ejercicio activo de diversos trabajos o apostolados: la vida contemplativa se fue transformando en mixta (contemplativo-activa) y más tarde en activa.

Por esta misma razón, existen diferentes formas de vivir la vida religiosa y existen numerosos carismas encauzados a dar respuesta a otras tantas necesidades. Algunos ejemplos que te pueden ilustrar: existen muchas congregaciones que se dedican a la enseñanza, otras son misioneras, otras se dedican a la oración y contemplación. Otras al servicio de los enfermos, a los ancianos, a la predicación y a la catequesis… y tantas otras tareas que realizan desde el corazón de la Iglesia para el mundo.

No sería suficiente que el fundador hubiera iniciado una institución por un carisma personal; los que pertenecen a ella deben revitalizarlo y actualizarlo según las circunstancias históricas de cada momento. El carisma necesita ser redimensionado constantemente, revisado, especificado a través de tareas concretas para que conserve la frescura de sus orígenes.

Pero lo importante es que tengas claro que la vida religiosa no se identifica por las tareas que se pueden realizar, sino por la misión que la Iglesia encomienda a todos los religiosos, como testimonios vivos de la radicalidad de los valores del Reino. Esto se puede hacer teniendo diversos trabajos o profesiones o no teniendo ninguno, en comunidad o de forma aislada, desde la vida activa, mixta o contemplativa, desde un carisma específico u otro… Por eso es un error pensar en la vida religiosa porque se dedican a algo. Primero hay que discernir si Dios me llama a esa vivencia radical o no. Las tareas son un complemento, una especificación de tu vocación religiosa, pero no el fundamento.

¿Me llama Dios a la vocación religiosa?
Si crees que Dios te llama a la vida religiosa deberás analizar algunas actitudes que debes ir adquiriendo ya en tu vida de cada día. Siempre has de hacerlo delante de

Dios y en un ambiente de discernimiento, desde la oración de quien se sabe en manos de Dios y sólo desea descubrir su voluntad para hacerla vida. Te ofrecemos algunas pistas para tu reflexión personal:

1. ¿Lees frecuentemente la Palabra de Dios para ir conociendo mejor los misterios de la vida de Cristo e ir identificándote cada vez más con ellos?
2. ¿Eres capaz de entablar relaciones de amistad profunda con otros, de trabajar y vivir en grupo?
3. ¿Aceptas a los demás tal y como son e intentas ayudarlos desde el cariño y el diálogo?
4. ¿Eres capaz de compartir tus cosas, tu tiempo con otros, dándote con generosidad?
5. ¿Te gusta colaborar en tareas comunes y estás siempre dispuesto a aceptar las sugerencias de otras personas?
6. ¿Estás cultivando un espíritu de oración buscando momentos para Dios meditando…?
7. ¿Tienes un corazón abierto para amar a todos sin prejuicios, olvidándote de ti y de tus intereses, dejando a un lado el egoísmo para darte sin esperar recibir?
8. ¿Estás disponible para hacer eso que pocos quieren hacer, para servir con prontitud cuando alguien te necesita?
9. ¿Tu experiencia de Cristo te lleva a desprenderte de las cosas superfluas o frívolas a favor del prójimo en quien ves el rostro de Dios?

Si ya estás esforzándote por conseguir estas actitudes en tu vida de cada día, posiblemente hay lugar para que te vayas haciendo un planteamiento vocacional de tipo religioso. Te convendría también conocer alguna congregación más de cerca, incluso viviendo una experiencia con ellos.

Fuentes: A.A.V.V., Y Dios sigue llamando, Sacerdotes Operarios Diocesanos, Buenos Aires 2002.